



MISIONES



TRAVESURAS DEL ENANO

○ ○ ○ ○ ○

EL MUERTO

VIVO Y

OLGA
ZAMBONI

LA DUPLICACIÓN



Leer Misiones

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Prof. Alberto Sileoni

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

DIRECTORA DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA
Margarita Eggers Lan

COORDINACIÓN REGIÓN 4 (NEA)
Natalia Porta
plecturaporta@gmail.com

ARMADO DE COLECCIÓN
Equipo Región 4 (Vanina Bravo, Olga Dri) y Equipo Técnico Plan Provincial de Lectura "Misiones Lee"
plecturaregion4@gmail.com

GOBERNADOR DE LA PCIA. DE MISIONES
Dr. Maurice Fabián Closs

MINISTRO SECRETARIO DE EDUCACIÓN DE LA PCIA. DE MISIONES
Ing. Luis A. Jacobo

SUBSECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Prof. Francisco Rubén Conde

COORDINADORA del PLAN PROVINCIAL DE LECTURA
"Misiones lee"
Prof. Silvia Zapaya

CAPACITADORES
Prof. Damián Prieto
Prof. Félix Sebastián Franco
Prof. Alejandro Di Iorio

EQUIPO TÉCNICO
Lic. Raquel Benchoff

.....
"Travesuras del enano", "El muerto vivo y La duplicación" de Olga Zamboni
© Olga Zamboni

Diseño de colección: Plan Nacional de Lectura 2011



Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

TRAVESURAS DEL ENANO

OLGA ZAMBONI

Ese domingo como casi todos en verano, se reunían los amigos para comer un gran asado en La tecla, cerca del río que ya iba siendo lago por la represa. Tito trajo de invitado ese día a un médico amigo, muy descreído de todo lo que él llamaba “supersticiones de gente ignorante”. Esto a propósito de lo que le habían contado del Pombero que invisiblemente merodeaba por el lugar y actuaba siempre en defensa de su territorio y de sus legítimos propietarios. Este enano misterioso era amigo cuando se le daba confianza y enemigo si alguien o algo le caía mal. Así se lo pintaron. Pero el Doc no creía en esas cosas.

—Es amigo nuestro —le contaba Fabián—. Él nos ayudó una vez a sacar el camión del barro.

—Pero ¿lo vieron? ¿qué aspecto tenía?

—A Fabián se le apareció como un enano forzado...—terció Tito.

—¿Y cómo saben quién era? Habrá sido un vecino...

—Qué vecino ni vecino. ¡ Si aquí no había ni un alma!

—¡Él apareció de la nada en el momento justo!

—Y se enoja mucho si alguien le provoca, me dijo papá— era el hijo más chico de Humberto.

El doctorcito se reía a las carcajadas.

–Miren que son supersti-sonos ustedes. Ja...ja... Qué Pombero ni ocho cuartos. ¡Simples creencias!... ustedes son gente leída, cómo pueden hablar así... No existen los Poberos, son los propios hombres los que hacen las cosas y después culpan a alguien que no existe...

–Pero mirá que a veces actúa sin mostrarse...

–¡Ja! ¡Sin mostrarse!... Lo que soy yo, creo solo en lo que veo, en lo que toco.

Hizo un gesto en doble sentido, que cerró con nuevas carcajadas.

–Allá vos si no creés. Pero lo que te contamos es cierto...

–Simples coincidencias. Eso, lo del auto, son cosas que pasan. ¿Por qué buscarle cinco patas al gato?

Todos lo dejaron en sus trece ¿para qué discutir? y fueron al río. El doc quiso remar y Tito lo acompañó en la canoa. A lo lejos, una hilera de árboles secos en medio del río indicaba dónde había estado la selva, ahora inundada.

–Mirá, es lo que queda de la isla. El agua tapó todo...

–Esta noche va a estar lindo para salir a pescar...

Cuando desembarcaron, listos para ir a comer el asado que –como casi todas las veces– estaba a cargo de Humberto, sonó de pronto un alarido.

–¡Ayayayayyyyyy! ¡Me picó algo en la cara, maldita sea!

Era el Doc, que se frotaba afanosamente una mejilla. Los demás, metidos en el agua, no le hicieron mucho caso, hasta que vieron que la cara del pobre se hinchaba. Y seguían los gritos.

–¡La gran puta! Qué clase de bichos ponzoñosos andan por acá...

Entonces Graciela, compadecida, fue a inspeccionarlo.

Un punto rojo un poco más abajo del ojo izquierdo era el centro de una inflamación en aumento.

Se dispuso a sacarle el aguijón.

–Se ve que era de las coloradas, esas son malísimas.

–Lo raro es que nunca vimos avispa por acá –comentaban los hombres–. Justo vos tuviste que encontrarte una.

–Te voy a poner vinagre, es lo mejor para estas picaduras– aseveró Graciela mientras le untaba el sitio afectado–. Vos serás muy médico pero yo sé qué hacer en estos casos.

Y se dirigieron hacia el quincho.

Cuando lo vio con la cara ya bastante deformada por la hinchazón, Humberto pensó para sus adentros en una nueva travesura del Pombero. Pero nada dijo más que:

–No es nada, che. Vamos a almorzar. Cada cual saca su plato, que el asado está listo.

Se sentaron en torno a la mesa del quincho. Humberto iba sirviendo a cada uno mientras Ofelia, su mujer, se hacía cargo de las ensaladas, las había muy variadas, obra maestra de las mujeres.

El Doc compuso como pudo su cara y se dispuso a comer, no sin antes maldecir una vez más a las avispa y a su ocurrencia de haber venido justo ese domingo cuando al día siguiente tenía un Congreso de Cirujanos en Posadas.

–Con qué cara me voy a presentar!– se lamentaba.

En medio de la comilona, alguien pidió y tuvo un eco compacto:

–¡Un aplauso para el asador!

Todos aplaudieron y después brindaron: por la amistad, por la salud, por el asador y hubo uno que dijo: “Por

el enano que anda rondando por ahí”.

El Doc no pudo reprimirse.

—¡Y dale con el enano! ¡Uds me están cargando! No puede ser que crean en esas pavadas dignas de...

En ese justo momento se desprendió del techo ¡una enorme rata negra! Y cayó directamente sobre la cabeza del Doc que, horrorizado, la vio saltar de ahí a su plato y luego desaparecer rumbo al monte con esa celeridad propia de los roedores. Y vio, pasmado, cómo todos se reían —esta vez eran los otros— a las carcajadas.

Y menudearon los comentarios:

—Vos te reíste del Pombero ¿no? Mirá, ahí tenés su venganza. Para que sepas que existe...

—Él, si quiere, se transforma —terció uno de los chicos

—¡Claro! Primero, en avispa colorada; después en rata.

—¿Cuándo, antes, vimos algo así? ¡Nunca! —comentaban las mujeres.

—El Pombero castiga a los que dudan de él y ayuda a los amigos, yo te lo dije —insistía Fabián.

—¡Pobre Doc! —dijo Graciela, que era docente; y esto quedó de manifiesto cuando le reconvino, como cerrando el caso:

—¡La letra con sangre entra!



EL MUERTO VIVO Y LA DUPLICACIÓN

Romualdo Sansón el 3 de julio viajó desde Capioví y se presentó en la oficina de Jubilaciones y Pensiones a reclamar el motivo por el que habían dejado de pagarle el magro emolumento mensual que percibía regularmente desde hacía ya once años. En el Banco no habían sabido explicarle nada y él, haciendo de su bolsillo un andrajo dejó pasar otros meses al cabo del cual tampoco llegó el sueldo, por lo que fue urgente la decisión de ir a Posadas, a la Casa Central, a averiguar qué pasaba. Y allí estaba, haciendo antesala para hablar con el Director General.

Luego de varias horas de espera se encontró frente a un señor muy amable que, una vez enterado del asunto que lo traía por allí, con todos sus datos de identidad en mano, luego de consultar concienzudamente la computadora, le dijo:

—El señor Romualdo Sansón ha dejado de cobrar porque está muerto.

—¿Cómo?!

—¿Usted es pariente del citado Sansón...

—¡¡Qué pariente ni pariente, soy yo mismo!!!

—... cómo es que tiene su documento? Deberían haberlo entregado sus familiares al punto de darse por difunto...

—¡Señor, por favor! ¡¡Romualdo Sansón soy yo, y estoy muy vivo, se lo aseguro!!

—A ver, a ver, qué pruebas de su identidad tiene...

—¡Qué le puedo decir, señor! Siempre me llamé así, todos me conocen, estoy casado, puede preguntarles a mis vecinos, toda la vida viví en Capioví, siempre con ese nombre, allí me jubilé como empleado de correos. Le aseguro, señor Director, que yo soy yo y toda la vida fui YO, y estoy vivo, como puede ver...!!

—Pues, señor mío, aquí figura que el señor de este nombre es un difunto, y su deceso ocurrió el 15 de mayo del corriente año, he ahí la razón de la suspensión del pago.

—Se lo ruego, señor, haga algo, usted ve, en mi documento no hay nada raro, soy un hombre honrado...

—Veo que el número coincide con el del occiso, pero es indudable que este de la fotografía es usted.

—Claro que soy yo, señor Director, aunque con algunos años menos...

—Pero dígame, si usted es usted, ¿quién es el muerto?

—Señor Director, esto es una trampa, me matan antes de tiempo. Y lo peor, matan mi sueldito...

A estas alturas el Director empezó a creerle al hombre y a su cartilla de identidad, que al parecer estaba en regla. Confrontó la fotografía y sí, el parecido era notable. Al revisar las páginas halló la observación que decía DUPLICADO. Tal vez por ahí se podría develar el enigma.

—Por lo que veo, su documento se destruyó, o quizá lo perdió, ya que este es un duplicado.

—Sí, señor, pero eso hace un montón de años, fue antes de que me jubile...

—¿En qué circunstancias lo perdió?

—Ya casi no me acuerdo, usted verá... En el invierno...

—¿Pero cómo fue? ¿se le cayó en la calle, lo dejó en algún sitio?

—Me acuerdo de que después, cuando llegó el invierno pasé mucho frío...

—¿Qué tiene que ver el frío con su documento?

—Verá usted, tiene mucho que ver, porque me di cuenta de la desaparición del documento junto con el saco donde siempre lo guardaba, cuando lo necesité porque llegaron los fríos... ¡el frío que pasé! era un hermoso saco de cuero casi nuevo y en el bolsillo de adentro estaba la dichosa libreta, era mi costumbre ponerla ahí.

—¿Tiene idea de quién se la robó?

—Y... mire, nosotros con mi mujer sospechamos de un extraño que venía escapado del Paraguay, al parecer buscado por la policía, estuvo en mi casa unos días por pedido expreso de un primo de mi señora... Como eché de ver la falta mucho tiempo después, ya le digo, cuando empezó a hacer frío...

—¿Quién era el sujeto ese? ¿Sabe su nombre?

—Y... no, señor. Por caridad lo recibimos ya que andaba perseguido de la justicia, lo único que recuerdo es que se hacía llamar don Goyo.

—¿No sabe adónde se dirigía, dónde vivía, en fin, algún dato?

—Nada, mi señor director, nada, nada, es una verdadera calamidad esto, qué iba pensar que me traería este disgusto, casi medio siglo después. Yo, con pedir el duplicado di por solucionado el problema... del documento, porque la pérdida del saco, tan lindo mi saco de cuero, a eso jamás me resigné.

—Mire, Sansón. Todo esto es bastante vidrioso. Vamos a hacer las averiguaciones con las autoridades pertinentes

para ver si ubicamos al difunto que, si he de creerle a usted, es otra persona con su mismo nombre y su mismo número de documento. En tanto, usted espérese, porque así como estamos, de ninguna manera se le puede pagar el sueldo, ya que su defunción figura aquí, con sus datos.

—¡Cómo voy a vivir este tiempo, dígame usted! Ya no tengo a quién pedirle prestado plata...

—Es su problema, lo lamento, pero le repito: usted, para toda gestión ante estas oficinas, está muerto. Llámenos por teléfono en una semana y veremos qué resultados hemos obtenido.



Los vecinos de Salitrales, un pueblito perdido en el centro de la provincia de La Pampa, conocían a Sansón; los más viejos recordaban su llegada, más de veinte años atrás, sin oficio fijo hasta meterse a predicador de una secta que vino a aposentarse en el pueblo. Había sido que tenía pasta de orador el hombre, dijeron. Y apostura, señalaron otros, que en sus buenos tiempos le habían enviado el saco de cuero que supo lucir hasta en sus últimos inviernos. Con el tiempo lo miraron con respeto. Hasta le daban el nombre de Padre, Padre Sansón. En que jamás había salido del pueblo, coincidieron todos.

Goyo había sido su nombre de guerra en la época lejana en la que su lucha contra el tirano paraguayo en verdad tenía mucho que ver con su carrera de delitos iniciada desde la adolescencia. Claro que esto no lo sabía nadie en ese ignorado rincón de las pampas.

Cuando fueron interrogados los vecinos afirmaron que lo conocían como don Sansón, y casi nadie sabía su nombre, que luego se hizo público a su muerte, ocurrida un día del mes de mayo. Lo supieron por su libreta de enrolamiento: Romualdo Sansón, nacido en Capioví, provincia de Misiones.



OLGA ZAMBONI



Es poeta, cuentista y novelista. Nació en Santa Ana, Misiones, en 1938. Profesora de Castellano, Literatura y Latín, realizó postgrados en su especialidad en Madrid (ICI) y en la Universidad Nacional de Misiones. Integró la Sociedad Argentina de Estudios Clásicos. Participó en Simposios y Congresos sobre Clásicas y literatura en general. Ha dado numerosos cursos, conferencias y presentado trabajos sobre diversos temas en Misiones, otras provincias y países vecinos a los que ha sido invitada. También representó en varias ocasiones a Misiones en la Feria Internacional del Libro, y fue jurado en concursos nacionales de Cuentos. Desarrolló la docencia en todos los niveles y fue pionera en el dictado de talleres literarios.

Algunas distinciones: Premio Arandú Consagración en Letras (1997), Premio El Libro de Oro (1996), Miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras (2003). Entre su producción se encuentran obras propias, antologías, colaboraciones en revistas y diarios, y propuestas de trabajos y actividades.

PARA SEGUIR LEYENDO



Latitudes (poemas) *Poemas de las Islas y de Tierra firme*, *Tintacuentos*, *El Eterno masculino*, *Veinte cuentos en busca de un paraguas*, *Mitominas*, *Memorias santanecas*.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL FORTALECIMIENTO DE LA LECTURA



Gobierno de la
Provincia de Misiones



Ministerio
de Cultura y Educación
Subsecretaría de Educación

Plan
Provincial
de Lectura
Misiones Lee

